

—Mamá, mamá, dice ella ya en su casa; ¡si supieras cuánto hemos corrido!....

Yo permanecí mudo.

—Qué callado estás! —me dice mi madre; —¿estás triste?

Mi alma era un paraíso, me ahogaba la dicha.....

De aquel crepúsculo me acordaré toda mi vida.....

Toda mi vida!!...

XXXIV.

Ha dado una hora: no sé cuál, no he oído bien la campana; tengo un ruido particular en los oídos: debe ser el murmullo de mis últimos pensamientos.

En este instante supremo reconcentro todos mis recuerdos; veo con más horror mi crimen: quisiera arrepentirme todavía más. Antes de mi sentencia tenía remordimientos; ahora sólo me domina la idea de la muerte. Ahora quisiera arrepentirme mucho.....

Cuando pienso en lo que he disfrutado de la vida, y recuerdo el hachazo que ha de terminarla, un temblor febril se apodera de mí como si acabasen de notificármelo.

—Infancia!..... Juventud! Tela dorada cuya extremidad destila sangre. Entre mi pasado y mi presente hay un río de sangre, la del otro y la mía.

Si alguno lee en mi historia tantos años de inocencia y felicidad, no creerá posible que el último de mi vida empiece con un crimen y acabe en un patíbulo. No; no es verosímil.

Miserables leyes y miserables hombres; yo no era malvado.

Oh! morir dentro de algunas horas, yo, que hace un año era libre y feliz, que paseaba bajo los desnudos árboles, que hollaba sus hojas con mis piés! es increíble: mi corazón se hace pedazos!

XXXV.

¿Es posible, que en este momento, cerca de mí, en las casas que rodean el Palacio de Justicia, en todo París, haya hombres que vayan y vengan, que hablen y rian, que lean los periódicos, que traten de negocios, mercaderes que vendan, jóvenes que estén preparando sus vestidos de baile para la noche, madres que acaricien y jueguen con sus hijos?

XXXVI.

Recuerdo que un día, siendo niño, fuí á ver la campana de Nuestra Señora.

Estaba mareado de subir la sombría escalera de caracol, y atravesando la frágil galería que une las dos torres entré en la especie de jaula de piedra y madera que sostiene la campana y su enorme badajo.

Avanzaba temblando sobre las mal unidas tablas, mirando con cierto respeto aquella famosa campana, que admiran los chicos y el pueblo de París, y observando con terror que los tejados que en planos inclinados circundan el campanario estaban bajo mis piés.

Por los huecos que dejaban observaba , á vista de pájaro , la plaza de Nuestra Señora y los transeuntes , que más parecían hormigas que criaturas humanas.

De repente la enorme campana dió un tañido : una vibracion intensa conmovió el aire , haciendo oscilar la pesada torre. Las tablas se cimbrearon. El ruido me trastornó : vacilé , pensé que iba á resbalar sobre uno de aquellos tejados de pizarra. Aterrado , me tiré boca abajo sobre las tablas , abrazándome á ellas enérgicamente , sin hablar , sin respirar , zumbándome horriblemente los oídos , y devorando con la vista aquel precipicio , aquella plaza por donde cruzaba tanta gente alegre y tranquila.

Pues bien , me parece que estoy todavía en la torre de Nuestra Señora.

Me domina el mismo aturdimiento y el mismo terror ; siento el mismo zumbido en mi cabeza ; y á mi alrededor todos están alegres y tranquilos ! ¡ Entre los hombres y yo média un abismo !

XXXVII.

La casa del Ayuntamiento es un edificio siniestro.

Su agudo y tosco tejado , su campanario , su reloj , sus pequeñas columnas , sus mil ventanas , sus grandes escaleras desgastadas por el uso , sus dos arcos á derecha é izquierda , tan sombríos , tan lúgubres ; su antiquísima fachada , tan negra , que ni los rayos del sol la blanquean.

Los dias de ejecucion arroja gendarmes por todas sus puertas, y mira al reo con todas sus ventanas.

Y por la noche su reloj, marcando la hora, es un punto luminoso en su tenebrosa fachada.

XXXVIII.

Es la una y cuarto.

Experimento una nueva sensacion.

Un fuerte dolor de cabeza, frio en los riñones, ardor en la frente. Cada vez que me levanto ó me inclino parece que un líquido se agita en mi cerebro y hace chocar mis sesos contra las paredes del cráneo.

Tengo temblores convulsivos, y de cuándo en cuándo salta la pluma de mi mano por un estremecimiento nervioso.

Los ojos me escuecen como si les ofendiera el humo.

Me duelen los codos y las rodillas.

Dentro de dos horas y cuarenta y cinco minutos ya estaré curado!

XXXIX.

¡Dicen que eso no vale nada, que no se sufre, que es un fin muy dulce, que se ha simplificado mucho la muerte!

Ah! ¿Qué es entónces esta agonía de seis semanas y este estertor de un dia? ¿Qué son las angustias de este suplicio que dura tanto y tan poco? ¿qué es, en

fin, esta escala de tormentos que concluye en el patíbulo?

Á la vista no es sufrir.

No hay convulsiones; no se ve caer la sangre gota á gota; pero la inteligencia se va perdiendo idea por idea.

Están seguros que no se sufre? Quién lo ha dicho? ¿Se ha visto que alguna cabeza se levante ensangrentada y desde el borde del cesto haya dicho al público:— Esto no hace sufrir?

¿Ha venido alguno de los guillotizados á dar las gracias y á decir:—Es buena invencion..... es buen mecanismo?....

No, nada. En ménos de un minuto, en ménos de un segundo se mata..... Pero, ¿os habeis colocado jamás en el lugar del reo, en el momento que la pesada cuchilla cae sobre el cuello, corta los nervios, rompe las vértebras?.... Pero y qué!.... medio segundo y el sufrimiento desaparece..... Horror!....

XL.

Es extraño que no pueda olvidar al rey. Ya se ve, es el único que puede indultarme!

En vano procuro distraerme para no pensar en él: si alguna vez lo consigo, una voz misteriosa se encarga de recordármelo diciendo:

«Existe un hombre muy cerca de aquí, dentro de la ciudad, en un palacio como el tuyo, con guardias á las puertas, que como tú llama la atencion de los cu-

riosos, que sólo se diferencia de tí en que su puesto social es tan elevado como bajo es el tuyo, y que así como tú vives para sufrir, él vive sólo para gozar.

Respetado, ya que no querido, por unos, y adulado por todos, no ve el mundo como los demás hombres, no piensa como ellos, ni habla, ni ríe, ni escucha como ellos.

Los más sabios callan cuando él habla, y esperan su permiso para contestarle, y los más nobles bajan la frente cuando pasa junto á ellos, ó cuando permite que le vean.

Este hombre es el rey; el hombre que puede compadecerse, el rey que puede indultarte. Pero no lo hará, porque no piensa en tí.

Sus negocios son de más importancia que tu vida, y sus pensamientos tienen por fuerza que ser más elevados.

La razón de Estado así lo exige.

Á estas horas presidirá algún Consejo de ministros en que todos opinarán como él, ó tal vez, y esto será lo más probable, piense en una partida de caza, en un baile ó en alguna intriga amorosa, seguro de que llegarán una tras otra las horas que desea, mientras otros se encargan de los trabajos y de pagar lo que cuestan sus placeres.

Ese hombre es de carne y hueso como tú. Y sin embargo, bastaría que escribiese su nombre en un pedazo de papel para que al momento te devolvieran la vida, la libertad, la fortuna, la familia, el amor, la felicidad.

Tambien sería bastante, para conseguir todo esto, que su magnífica carroza tropezara con tu miserable carreta.

Y el rey es bueno; quizá lo haría; pero la turba de cortesanos que le rodea no le permite que se ocupe de semejantes bagatelas.»

Calló la voz y concluyó mi esperanza.

XLI.

Tendré valor para luchar con la muerte!

Me acostumbraré á tan horrible idea, y haré por encerrarla conmigo en el sepulcro.....

Despues verá seguramente algo extraordinario; acaso un abismo de luz donde flotará mi espíritu eternamente.

Quizá vea el cielo tan claro y tan radiante, que las estrellas aparezcan en él como puntos negros, ó tal vez le halle convertido en una inmensa caverna, donde sólo reinen las tinieblas y en cuyo centro bullan mil figuras en confuso tropel y en horrible desórden.

Tambien puede suceder que al despertar me vea suspendido sobre una pendiente húmeda y resbaladiza, cuyo límite sea el vacío.

Acaso un terrible huracan me empuje con tanta violencia que, haciéndome descender hasta la tierra, me obligue á tropezar con cabezas humanas, sumergiéndome despues en un lago hediondo y negro como la conciencia de un avaro.

Pirámides de humo denso, producidas por un fuego desconocido, se levantarán á mi alrededor y me impedirán ver el cielo, hasta el que se elevarán las chispas que salten, para caer despues sobre mi cabeza como pájaros de fuego prontos á devorarme.

Horrible y eterno martirio que no podré evadir!

Caos inmenso que no podré salvar!

Por eso quiero familiarizarme con la muerte, y acaso de este modo formaré parte de la turba pálida y sangrienta que aparezca en la plaza de la Grève para asistir á la ejecucion del verdugo.

La luna alumbrará aquella terrible escena, y los balcones y la Casa municipal estarán ocupados por nosotros.

Y esto debe suceder así.

Pero si vuelven los muertos, en qué forma lo harán? Acaso guardan algo en sus mutilados cuerpos que les permita moverse?

Y si es así, qué se levantará primero? ¿La cabeza ó el cuerpo?

Se unirán ántes ó despues de levantarse?

Ah! ¿por qué no sé lo que hace la muerte con el alma de un ajusticiado?

Qué le da ó qué le quita? Dónde la coloca?

Permite que lllore ó ría alguna vez?

¿La deja volver á la tierra, despues de haberla enseñado á sufrir?

Dónde adquiere la muerte su poder?

Quiero saber todo esto para dejarme matar! ¡Quiero subir al cielo sabiendo lo que me ha de pasar allí, ó ba-

jar al infierno sin tener que preguntar lo que debo hacer!

Y quién me enseñará todo esto?....

Ah! un sacerdote! que venga un sacerdote, porque éste debe saberlo, pero que traiga un crucifijo, que no venga sin él; que no se le olvide, porque en la cruz pienso hallar la ciencia que me falta para morir tranquilo.

Dios mio! Dios mio!

XLII.

Necesitaba descansar y me recosté.

El sueño no tardó en dominarme.

Fué el último de mi vida.

Apénas habia cerrado los ojos, soñé que era de noche, y que me hallaba con varios amigos en mi gabinete.

Mi mujer y mi hija dormian en la pieza inmediata, y nosotros hablábamos bajo para no despertarlas.

De repente se dejó oír un ruido sordo y prolongado, que nos sobrecogió. Parecia que limaban un pedazo de hierro.

Habia en aquel ruido algo sobrenatural que helaba nuestra sangre.

Hubiéramos jurado que eran ladrones, pero no nos atrevíamos á salir del gabinete.

Por fin hicimos un supremo esfuerzo y nos decidimos á reconocer la casa.

Me levanté el primero y tomé la vela; mis amigos siguieron el ejemplo y comenzamos el registro.

Mi mujer y mi hija seguian durmiendo.

Reconocimos el salon, y nada vimos que nos indicara la presencia de gente extraña.

Todo estaba en su sitio, y seguimos adelante.

Llegamos al comedor, y nos pareció que la puerta no estaba como de costumbre; penetramos en él, y nada.

Dimos la vuelta, y hallamos la puerta de la escalera y las ventanas cerradas como de ordinario.

Nos acercamos á la chimenea, y observamos que un armario colocado hacía mucho tiempo junto á ella, estaba abierto.

Ya no cabia duda. Detras de la puerta que descansaba sobre el ángulo de la pared debia estar escondida alguna persona.

Me acerqué, pues, con prevencion, y procuré cerrar el armario; pero la puerta no cedia, y tuve que emplear mis dos manos y toda mi fuerza para conseguirlo.

Por fin cedió, y, al desprenderse de las manos que la sujetaban, dejó ver una vieja asquerosa y harapienta, con los brazos caidos y la cabeza apoyada en el rincon.

Hubiérase dicho que aquella mujer no pertenecia ya al mundo de las miserias, lo cual tenía algo de misterioso y terrible.

Sin atreverme á llegar á ella, la pregunté quién era, y qué hacia allí; pero la vieja no contestó.

Volví á preguntarla, y tampoco.

Seguia inmóvil y con los ojos cerrados.

Viendo que nuestros esfuerzos por sacarla de aquel

estado y que nos contestase eran inútiles, comprendimos que tal vez estaria desmayada, y que convendria hacerla volver en sí para que nos explicase aquel misterio.

Pero nos detuvimos ante la idea de que podria ser compañera de los ladrones, que sin duda habian penetrado con ella, y que al verles escapar, y creerse sorprendida, se habia refugiado allí y fingido un desmayo.

Volví á preguntarla, y viendo que no daba señales de vida la empujó uno de mis amigos, haciéndola caer, pero de un modo tan extraño, que hubiéramos jurado era un cadáver.

La movimos con el pié, y nada; la levantamos apoyándola otra vez en la pared, y casi podríamos asegurar que habíamos estado hablando con un muerto.

Sin embargo, uno de mis amigos áun dudaba, y tomando la vela se la colocó debajo de la barba.

Entónces abrió un ojo hueco, vacío, aterrador.

Retiró la bujía y volvió á cerrarse aquel horrible agujero.

Entónces perdimos la paciencia, y volvimos á aplicarle la vela; pero no bien sintió su calor abrió desmesuradamente los dos ojos, y lanzando sobre nosotros una terrible mirada, se bajó y apagó la luz.

Instantáneamente sentí en mi mano el contacto de dos labios frios y secos, y clavarse en ella tres dientes afilados, que me hicieron dar un grito y despertar.....

Quién era aquella vieja, y qué queria? ¿Era la muerte? No sé.

Comencé á dar gritos y á llamar un sacerdote.

No tardó en presentarse, porque estaba sentado junto á mi lecho.

Respiré!

El limosnero se acercó á mí con dulzura, y me miró como esperando que le preguntase.

—He dormido mucho, padre mio?

—Una hora; pero con tanta tranquilidad, que no he querido despertaros, aunque me dijeron que os llamasen cuando llegó vuestra hija.

—Mi hija! y dónde está?

—Esperando en la habitacion inmediata.

—Que venga, que venga pronto! Pobre hija mia!

XLIII.

Mi María es como un ángel; no puedo comparar con nada su belleza.

Es superior á cuanto he visto.

Un extraño la juzgará mejor que yo. Dejadme, pues, con la ilusion de que no tiene rival..... Soy su padre!

Míradla sentada sobre mis rodillas, y juzgad.

Su pobre madre y su abuela están enfermas, y tal vez por eso no la habrán acompañado.

Otra desgracia más!

La pobre niña se dejaba acariciar por mí sin quitar la vista de su ama, que lloraba en un rincon.

—María! hija mia! en qué piensas? Y la apretaba sin querer contra mi pecho tan fuertemente, que la hice exclamar:

—Que me haceis daño, señor!

—Pobre hija mia! cerca de un año que no me ve, no es extraño que no me conozca.

Otra nueva desgracia!

Hubiera dado con gusto en aquel momento la vida que me restaba por oirla decir: *Padre mio! ¿dónde has estado tanto tiempo sin verme?*

Pero no me dice nada! Probemos.

—No me conoces, María?

Fijó un instante en mí sus negros y rasgados ojos, y contestó:

—No, señor.

—Oh! mírame bien..... quién soy?

—Un caballero.

—Ay de mí! La hija á quien adoro no conoce á su padre!

La sangre!.... la sangre! dicen los moralistas. Mentira; la sangre no da conocimiento al corazon, le da sólo vida.

Probemos otra vez.

—María! tienes padre?

—Sí, señor.

—Y dónde está?

Levantó nuevamente sus hermosos ojos, y me dijo:

—Pues qué, no sabéis que ha muerto?

—Muerto! exclamé.—¿Sabes tú lo que es estar muerto?

—Sí, señor; estar en el cielo y en la tierra al mismo tiempo!

Así me lo dice mamá cuando por las noches, án-

tes de acostarme, pido á Dios por él sentada en su falda.

—Quieres decirme lo que rezas?

—Es una oracion que me ha enseñado mamá.

—Quieres recitármela?

—No puedo, caballero, porque es una plegaria que no se dice durante el dia: si venís esta noche á casa me la oireis, acompañada de mamá, que llora siempre que nos ponemos á rezar por mi papá.

No pude resistir más, y estrechándola contra mi pecho, la dije:

—María, tu padre vive! tu padre no ha muerto! tu padre es el que te tiene en brazos! Y ahora, me conoces?

La pobre niña me miró fijamente, y dijo:

—Mi papá era más jóven y más hermoso que vos.

No pude contenerme y comencé á besarla con tanto afán, que la niña volvió á decirme:

—Que me haceis daño con esas barbasas!

Entónces la puse sobre mis rodillas, y la pregunté:

—Sabes leer?

—Sí, señor; me ha enseñado mamá á conocer las letras.

—Pues lee un poco delante de mí. Y tomando un papel que la niña tenía en la mano, se lo presenté.

Bajó entónces su hermosa cabeza y dijo, rechazando el papel:

—No sé leer más que las fábulas.

—Haz una prueba, hija mia. Tomó el papel y se puso á deletrear.

—S-E-N=*Sen*..... T-E-N=*ten*..... C-I-A=*cia*.....
Sen-ten-cia.

La fatalidad me perseguía! No la dejé continuar.

Le quité bruscamente el papel de la mano, porque era mi sentencia, que el ama había comprado por dos cuartos, y no era justo que la boca de un ángel se manchase con el cieno de la ley.

No es posible describir lo que pasó por mí, ni lo que sufría al ver que mi hija, asustada, comenzó á llorar, pidiéndome el papel.

Es preciso ser padre para comprender mi sufrimiento.

Pero aún faltaba una prueba más. La despedida!

Oh! despedirse de una hija inocente y pura como un ángel para subir al cadalso, es tan horrible, que no hay palabras con qué expresar lo que pasa en el interior.

Sólo Dios y el que es padre lo conoce.

Pero ese mismo Dios me concedió las fuerzas necesarias para tamaña prueba; y dando un beso á mi hija, la entregué al ama, diciéndola:

—Os podeis retirar!

El ama desapareció y la niña también!....

Aquel momento era el más oportuno para llevarme al suplicio!

Desesperado me arrojé en brazos del sacerdote y le dije que me amparase.

XLIV.

Me parece que el sacerdote y el carcelero vertieron una lágrima al oír mis últimas palabras.

Todo concluyó.

Ahora es preciso que me reconcentre y busque en mi alma las fuerzas que necesito para llegar con el verdugo al sitio fatal.

Pensaré en Dios, en los gendarmes, en la carreta, en la guillotina.....

Son los únicos objetos que me pertenecen ya.

No! tengo otro: la plaza de la Grève.

Aun me resta una hora para acostumbrarme á todo esto, y á la gritería del populacho, que asiste siempre á esta clase de espectáculos.

XLV.

Si yo fuera un excéptico ó un desalmado, diria á aquellos curiosos que no se alegrasen tanto de la fiesta, porque tal vez entre ellos hubiera alguno que tarde ó temprano me seguiria para dejar su cabeza en manos del verdugo.

Para muchos de ellos hay en la plaza de la Grève un sitio maldito; una trampa, á cuyo alrededor giran un dia y otro dia hasta que caen en ella.

XLVI.

Quizá reirá mi hija en este momento, sin acordarse del caballero que la asustó.

Veré si puedo escribir algunas páginas más para dedicárselas.

Es preciso que conozca mi historia, pero contada por mí; que lllore cuando la lea (1).

.

.

XLVII.

Ya estoy en la Casa de Ayuntamiento.

Ya terminé mi paseo!

El pueblo imbécil me espera, y ríe, y canta, y goza con el suplicio de un hombre á quien no odia!

He procurado hacerme superior, y no he podido! Miserable de mí!

He pedido que me permitan hacer mi última declaración, y me lo han concedido. Ganemos tiempo.

Cerca de mí habia tres hombres, y junto á la puerta algunos curiosos y el gendarme.

El más viejo de los tres que me rodeaban era el verdugo.

Los otros dos eran sus ayudantes.

Me hicieron sentar en una silla preparada al efecto y sentí en mi cabeza el frio de una cuchilla de acero.

Un minuto despues me habian cortado el cabello!

—Cómo se llama esa operacion? preguntó un jóven, que con un lápiz y una cartera en las manos se asomó por la ventana.

(1) Todavía no han podido encontrarse las hojas en que estuviera escrita la historia á que se refiere este desgraciado. Sin duda fué tarde cuando le asaltó el pensamiento de escribirlas.

—*El tocador del reo*, le dijo uno de los ayudantes del verdugo.

Era un periodista y tenía el deber de comunicar á sus lectores los detalles de mi muerte.

Uno de los criados me quitó la chaqueta, y otro cortó el cuello de mi camisa.

La multitud que esperaba fuera gritaba cada vez más.

En aquel momento se acercó uno de los ayudantes y me ató los piés, pero de modo que pudiese andar.

El verdugo llegó despues, y echándome la chaqueta sobre los hombros, dijo:

—Ya está corriente.

El sacerdote se dirigió pausadamente hácia mí, y dijo con voz entrecortada:

—Vamos, hijo mio.

Los criados me ayudaron á levantar y anduve algunos pasos, pero inciertos.

La puerta principal se abrió de repente, y sentí un aire frio que me heló el corazon.

Sin embargo, vi muchos gendarmes, un gentío inmenso, una carreta, y por último, dos maderos pintados de encarnado que dominaban aquel mar de cabezas humanas.

Por fin me sacaron, y la multitud empezó á gritar:

—*Ya sale! ya sale!*

Volví á mirar á mi alrededor, y vi lo mismo: gendarmes, caballos, curiosos, ó locos, que gozaban del mal de un hombre como ellos.

—Quitarse el sombrero! gritaban los de atras.

—No empujeis! replicaban los que estaban delante.

Los infinitos bodegones que se encuentran ántes de llegar á la torre cuadrada que forma ángulo con el Palacio de Justicia, estaban llenos de gente ansiosa de verme!....

Pobres criaturas!

Era un gran dia para los taberneros.

Vendian su vino y alquilaban sus ventanas.

Pero áun escuché un grito más terrible, más espantoso. Oid:

—Quién quiere sitios?

Por qué no habia yo de ceder el mio? Lo hubiera dado de balde á aquel pueblo estúpido.

Entretanto caminaba la carreta, y al entrar en el puente del Cambio miré por casualidad á mi derecha, y vi una torre negra, aislada, erizada de adornos, y sobre la cual destacaban dos monstruos de piedra.

Pregunté instintivamente á qué edificio pertenecia, y el verdugo me contestó:

—Á San Jacobo de las Carnicerías.

Por qué hice yo esta pregunta?

Comenzaba á enloquecer!

Nos hallábamos poco más ó ménos en el centro del inmenso puente del Cambio, y sin saber por qué me sentí desfallecer.....

Temí no poder llegar, y que me tuviesen por cobarde.

Este temor era el último resto de la vanidad mundana.

Entónces comprendí que debia reconcentrar toda mi atencion en Dios, y así lo hice.

Tomé el crucifijo y lo besé con un entusiasmo religioso de que nunca me hubiera creído capaz, y exclamé:

—Dios mio! tened piedad de mí!

Pero los vaivenes de la carreta y los alaridos del pueblo no me dejaban continuar mi plegaria.

El frio me hacía temblar, y el sacerdote creia que era miedo!.... Pobre señor!

Entramos en la avenida fatal, y ya no veia ni oia.

Aquellas cabezas asomadas á las ventanas y balcones, á las rejas y á las puertas, me miraban con avidez.

Hacian bien..... ¿Cómo habian de contar despues, á los que no habian podido asistir, los detalles de mi suplicio?

Y era extraño! todos me conocian, sin que yo conociera á ninguno.

Vacilaba sobre mi asiento, y no veia ya ni el crucifijo, ni el sacerdote, ni sabía distinguir los gritos de piedad y los de burla.

Oí una voz conócida, y quise volver la cabeza, pero no pude. Sólo distinguí, al hacer aquel movimiento, la torre de Nuestra Señora, cuajada de gente.

La carreta se paró de repente, y las tiendas y bodegones ya no se veian, por haber quedado ocultos detras de un ángulo de la plaza en que habíamos entrado.

Colocaron junto á la fúnebre carroza la mugrienta

escalera que me sirvió para subir, y di un paso, pero no pude dar más.

El sacerdote me ayudó á bajar.....

El estupor que se habia apoderado de mí era producido por una vision fatal.

Los brazos del patíbulo se extendian sobre mí, terribles, amenazantes.

No pude estar de pié y caí al suelo, gritando:

—Quiero hacer mi última declaracion!

Entónces me condujeron á la caseta del verdugo.

Pedí recado de escribir, y me desataron las manos; pero la cuerda estaba allí, á mis piés.

XLVIII.

Se presentaron un magistrado, un juez y un comisario, y les pedí gracia de rodillas, y me contestaron:

—Es eso todo lo que quereis decirnos? ¿Es esa vuestra última declaracion?

—Perdon! perdon!.... ¡Por piedad concededme cinco minutos nada más! Quién sabe! Tal vez me perdonen todavía! Sabeis lo que es morir tan jóven?

El verdugo se acercó al juez y le dijo que la hora de la ejecucion habia sonado, y que no podia retardarse..... que él era responsable de todo, y que como llovia podia entorpecerse la máquina.

—Ah! por piedad..... un minuto siquiera, ó de lo contrario me defenderé, sí, morderé al que se acerque.....

El juez y el verdugo se retiraron, dejándome solo con dos gendarmes.

El pueblo, entretanto, lanzaba rugidos de cólera! Miserable!

¡Quién sabe si todavía podré abrazar á mi hermosa María!

Pero no; ya es imposible! siento los pasos del verdugo..... siento sus manos sobre mí..... vuelve á atarme y coloca la terrible escalera..... ya sube!....

La cuchilla ha sonado!!!—Son las cuatro!

No más cadalso (1).

Las importantes noticias y brillantes reflexiones que comprenden las siguientes líneas vienen á completar tan perfectamente el cuadro que acabamos de leer, que no podemos ménos de llamar sobre ellas la atención de nuestros lectores.

En 1830 se quema en Francia el patíbulo donde cayera la cabeza de un rey de *derecho divino*, y en 1868 se incendia en Madrid el tablado que tantos ciudadanos habian enrojecido con su sangre.

En la plaza de la Grève, en París, se ve un hombre herido cinco veces por la cuchilla de la guillotina.

(1) Véanse las notas al final de este capítulo.

na; y en el Campo de Guardias de Madrid se ve despues otro que siente, cuatro veces tambien, el frio contacto de la argolla fatal.

Leamos, pues, sin cansancio, y con la esperanza de que llegaremos á conocer detalladamente la historia del Patibulo.

El último dia de un condenado á muerte no tiene otro objeto, no es otra cosa que un alegato directo ó indirecto, como quiera entenderse, para la abolicion de la pena de muerte.

Lo que constituye el único deseo de su autor, lo que quiere que la posteridad vea en su obra, suponiendo que se ocupe de cosa tan pequeña, no es la defensa, siempre fácil y siempre transitoria, de tal ó cuál culpable en particular. Es una defensa absoluta y permanente de todos los reos presentes y venideros;

Es el gran punto de derecho de la Humanidad, expuesto y defendido en alta voz ante la sociedad, que es el más supremo de los tribunales;

Es el sublime precepto *abhorrescere a sanguine*, estampado para siempre en la primera página de todos los procesos criminales;

Es la sombría y fatal cuestion que palpita en el fondo de todas las causas capitales, bajo las distintas veladas imágenes con que la disfraza la retórica sangrienta del acusador público;

Es la cuestion de vida ó muerte, desnuda, despojada de los elocuentes sofismas del foro, puesta brusca-

mente á la luz donde es preciso que se la mire, en su verdadero lugar, en su sitio horrible; no en el tribunal, sino en el cadalso; no ante el juez, sino ante el verdugo.

Hé aquí lo que ha pretendido hacer.

Si el porvenir le concediera un día la gloria de haberlo hecho, lo que no se atreve á esperar, ésta sería su mejor corona.

Y ahora declara, repite, que habla en defensa de todos los acusados posibles, inocentes ó culpables, á todas las asambleas, á todos los tribunales, á todos los jurados, á todos los hombres de justicia.

Éste se dedica á todos los jueces y á ninguno.

Y para que el alegato sea tan vasto como la causa, ha debido suprimirse, y de hecho se ha suprimido, en *El último día de un reo de muerte* el sujeto, el contingente, lo accidental, lo particular, lo especial, lo relativo, lo modificable, los episodios, las anécdotas, los sucesos, los nombres propios, limitándose (cuanto es posible) á defender la causa de un reo cualquiera, ejecutado cualquier día y por cualquier delito.

¡Dichoso si logra, sin más auxilio que su imaginación, profundizar lo bastante para conmover algún corazón, bajo el *æs triplex* del magistrado!

¡Dichoso si convierte en compasivos á los que se creen justos!

¡Dichoso, si á fuerza de profundizar al juez, logra alguna vez encontrar al hombre!

Hace tres años, cuando apareció este libro, creyeron algunas personas que valia la pena de adivinar el pensamiento de su autor.

Los unos suponían que era un libro inglés; los otros americano.

¡Singular manía de buscar á mil leguas el origen de las cosas, y creer que es de los manantiales del Nilo el agua que riega nuestra calle! No hay tal.

Aquí no hay libro inglés, ni americano, ni chino.

El autor ha encontrado la idea de *El último día de un reo*, no en un libro; no tiene la costumbre de buscar sus ideas tan léjos, sino donde la habeis encontrado todos (porque, ¿quién no ha pensado alguna vez en *el último día de un reo de muerte?*) precisamente en la plaza pública, en la plaza de la Grève (I).

Un día, pasando por allí, recogió esta idea triste, que flotaba en un mar de sangre, bajo los rojos muñones de la guillotina (II).

Desde entónces, cada vez que uno de esos fúnebres decretos del Tribunal de Casacion producía en París el anuncio de una ejecucion; cada vez que el autor oía bajo sus ventanas la turba, ronca ya de gritar, que corría á gozar del espectáculo de la Grève, sentía renovarse tan dolorosa idea, y se apoderaba de él, llenando su imaginacion de gendarmes, verdugos y pueblo, que le explicaban, minuto por minuto, los últimos del miserable que agonizaba.

En este momento le confiesan!

Ahora le cortan el pelo!

Ya le atan las manos!

Y el pobre poeta quería decírselo todo á la sociedad, que se dedicaba tranquila á sus negocios, mientras se ejecutaba aquel acto tan monstruoso.



Esta idea le dominaba, le perseguía, le acosaba, ahuyentaba los versos de su imaginación si trataba de escribir; borraba lo ya escrito; rasgaba sus trabajos anteriores; todo le salía al revés, todo le incomodaba, le aburría, le asediaba.

Era un suplicio! un suplicio que comenzaba con el día, y que duraba, como el del infeliz á quien se torturaba en los mismos momentos, hasta *las cuatro de la tarde*.

Solamente entonces, cuando la voz siniestra del reloj articula el *ponens caput spirabit*, respiraba el autor y encontraba de nuevo alguna libertad de espíritu.

Por fin, un día, si mal no recuerda, el de la ejecución de Ulbach (III), empezó á escribir este libro.

Desde entonces se siente tranquilo.

Cuando uno de esos crímenes públicos, que se llaman justicias humanas, se comete, su conciencia le dice que ya no es cómplice, que no ha de sentir ya sobre su frente aquella gota de sangre que salpica de la Grève sobre la cabeza de todos los individuos de la comunidad social!

Sin embargo, esto no basta.

Lavarse las manos es bueno; impedir que corra la sangre sería mejor.

El autor no conoce nada más elevado, más santo, más augusto que esto:

Concurrir á la abolición de la pena de muerte!

Desde el fondo de su corazón se adhiere á los trabajos de los hombres generosos de todas las naciones que procuran desde hace muchos años arrancar el árbol pa-

tibulario, el único árbol que las revoluciones no han desgajado.

Con verdadera satisfaccion, él, aunque débil, da su hachazo para ensanchar la grieta que Beccaria causó hace sesenta y seis años á ese ruinoso cadalso que al cabo de tantos siglos domina á la cristiandad.

Acabamos de decir que el patíbulo es el único edificio que las revoluciones han respetado.

En efecto; es singular que, teniendo por objeto corregir, podar, limpiar la sociedad, no hayan podido desasirse de la pena de muerte, la más perjudicial de las serpientes que se la enroscan.

Sin embargo, confesaremos que, si alguna revolucion nos pareció digna y capaz de abolir la pena de muerte, fué la revolucion de Julio.

Parece que correspondia al movimiento popular más clemente de los tiempos modernos destruir el bárbaro sistema penal de Luis XI, de Richelieu y de Robespierre para escribir al frente de las leyes la inviolabilidad de la vida humana.—1830 debia romper la cuchilla del 93. Así lo creimos por un momento.

En Agosto de 1830 se respiraba tanta generosidad, flotaba entre las masas tal espíritu de dulzura y civilizacion, que el corazon se abria á la esperanza de un porvenir dichoso; que, al parecer, la pena de muerte se hallaba abolida de derecho, desde luégo, por el consentimiento tácito y unánime, así como todo lo malo que hasta entónces habíamos sufrido.

El pueblo se habia divertido encendiendo una hoguera con los andrajos del antiguo régimen.

La pena de muerte era el retazo sangriento.

Le creímos en el montón.

Le creímos quemado con los otros.

Por algunas semanas, confiados y crédulos, tuvimos fe en el porvenir, en la inviolabilidad de la vida, como en lo inviolable de la libertad.

Y en efecto; apenas habían trascurrido dos meses, cuando se hizo una tentativa para convertir en realidad legal la utopía sublime de César Bonesana.

Desgraciadamente esta tentativa fué mal dirigida, torpe y hasta hipócrita, fundada en otro interés que el interés general.

Recuerda el autor que en Octubre de 1830, algunos días después de separar de la órden del día la proposición de enterrar á Napoleón bajo la columna, la Cámara entera se puso á llorar y gemir.

La cuestión de la pena de muerte se puso sobre el tapete.

Diremos en voz baja algunas palabras sobre aquel suceso, por el cual parecía que todos aquellos legisladores se sentían acometidos de tan súbita y maravillosa piedad.

Á cual más hablaron; á cual más lloraron; á cual más levantaron las manos al cielo.

La pena de muerte! gran Dios! qué horror!

Algun antiguo procurador general, encanecido bajo su toga, que toda su vida había comido el pan empapado en la sangre de sus acusaciones, daba de pronto á su rostro un aire piadoso y ponía á los dioses por testigos de su horror á la guillotina.